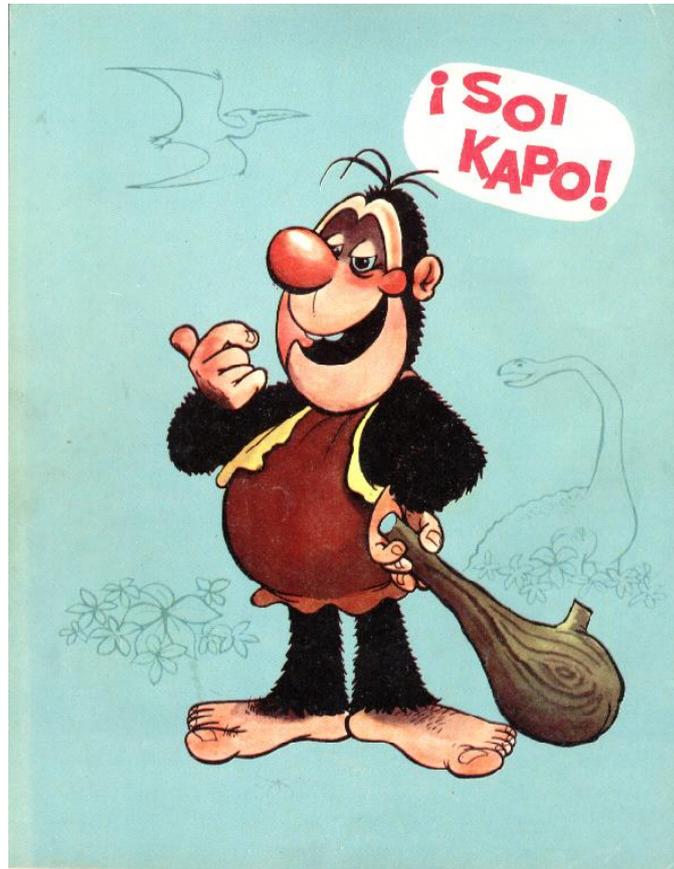


DOS NOTAS LINGÜÍSTICAS A PROPÓSITO DE OGÚ

Guillermo Soto Vergara

A Themo Lobos

(3 de diciembre de 1928 — 24 de julio de 2012)



1. ¿Por qué *Ogú*?

Ogú es el mejor amigo de Mampato, eso todos lo sabemos. Como se precisa, creo que en el primer número, Mampato debe su nombre a su pequeña estatura. Cuestión menos clara, sin embargo, es por qué Ogú se llama Ogú. La razón, pienso, está en aquello que la lingüística y la psicología denominan simbolismo fónico y se relaciona con una figura literaria que es también una forma de percepción conjunta: la sinestesia.

El *Diccionario de la lengua española* define *sinestesia* como “sensación secundaria o asociada que se produce en una parte del cuerpo a consecuencia de un estímulo aplicado en otra parte de él” y, desde el punto de vista psicológico, como “imagen o sensación subjetiva, propia de un sentido, determinada por otra sensación que afecta

a un sentido diferente”. En el lenguaje, es una figura retórica consistente en la “unión de dos imágenes o sensaciones procedentes de diferentes dominios sensoriales, como en *soledad sonora* o en *verde chillón*”.

Hablamos de palabras dulces, de sabores suaves o de dolores agudos. Los poetas hacen, por cierto, amplio uso de ellas. Famosos son los versos de Rimbaud: *A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu*. Sugerente y fácil de seguir, la queja decepcionada de Mallarmé, para quien resultaba perverso que la vocal de *jour* evocara oscuridad, mientras que la de *nuît*, claridad: *Quelle déception, devant la perversité conférant à jour comme à nuit, contradictoirement, des timbres obscur ici, là clair*.¹

Y aquí llegamos al meollo de la cuestión: los sonidos del habla tienen ciertas asociaciones recurrentes. En el caso de las vocales, estas son notorias: las vocales anteriores (en español, la /i/ y la /e/²) se asocian a lo pequeño, lo claro, lo liviano y lo delgado; las posteriores (/o/ y /u/), en cambio, se vinculan con lo grande, lo oscuro, lo pesado y lo grueso. Solo imaginemos cómo serían dos aves: el fififí y el gugugú. Pensemos cuál de ellas sería la más pequeña, cuál tendría un trino agudo y cuál un canto grave y oscuro. Esta simple división del mundo parece descansar en las propiedades acústicas de las vocales. Mientras la configuración de la boca y la posición de la lengua en las vocales anteriores amplifican frecuencias altas; en las vocales posteriores, amplifican frecuencias más bajas. De esta diferencia en la producción deriva una diferencia perceptual que desencadena una serie de asociaciones sinestésicas.

La cuestión, sin embargo, es más amplia, pues también las consonantes participan del simbolismo fónico. En el poema *Morena la besadora*, del joven Neruda, uno no puede dejar de pensar que algo tiene que ver el beso con la importante presencia de fonemas bilabiales: /b/, /m/, /p/ y aun la /o/, que se hace redondeando los labios: *Bésame, por eso, ahora, / bésame, Besadora, / ahora y en la hora / de nuestra muerte. / Amén*.

Los tres fonemas de *Ogú*, todos posteriores, se asocian con lo oscuro, lo grande y lo pesado, propiedades que atribuimos al mejor amigo de Mampato.

2. La ortografía de Ogú

En uno de los números de *Mampato*, se explican las peculiaridades ortográficas del lenguaje de Ogú. La idea, si mal no recuerdo, es que el habla de Ogú se representaba con una especie de alfabeto fonético, donde la relación sonido-letra (técnicamente, fonema-grafema) era completamente transparente. En otras palabras, a cada sonido

¹ En Gérard Genette, *Figures II*, “Langage poétique, poétique du langage”, Seuil, 1969, p. 144.

² En lingüística, los fonemas (sonidos ideales que permiten distinguir palabras) se representan entre barras inclinadas: /b/, /e/.

(fonema) correspondía una y solo una letra (grafema) y viceversa. Así, en los globos de Ogú no existía la <h>; el fonema /i/ siempre se escribía como <i>, nunca <y>; palabras como *casa*, *queque* y *quiosco*, se escribían con una misma letra <k>: *kasa*, *keke*, *kiosko*³. No recuerdo bien por qué se representaba de este modo el habla de Ogú. Después de todo, en la época de los Golagolas no había escritura. Parece fácil, sin embargo, suponer la razón: la ortografía simplificada de Ogú representaría icónicamente el lenguaje más simple o incluso la mente más básica del cavernícola.

La idea de que la escritura debería parecerse más al lenguaje hablado generó en Chile una de las polémicas más vistosas del siglo XIX⁴. El antecedente fue Andrés Bello, quien joven y aún en Inglaterra, escribió sobre la conveniencia de simplificar la ortografía en América, acercándola al habla. La polémica misma, sin embargo, empezó con Domingo Faustino Sarmiento, quien, mientras estaba exiliado en Chile propuso, en la Universidad, una reforma radical que nos alejara del absurdo sistema español y fuera fiel a nuestro propio modo de hablar. La ortografía simplificada no solo sería un estandarte de nuestra independencia y progresismo, también favorecería la instrucción pública, que era, precisamente, la pega de don Domingo en Chile. Como suelen ser las cosas por acá, la proposición de Sarmiento fue aceptada por las autoridades, aunque, conscientes de su radicalidad, se propuso ejecutarla en la medida de lo posible, por lo que se aplicó finalmente una ortografía de transición que, sin ser ni chicha ni limoná, duró a medio morir saltando hasta que en 1927 la derogó Ibáñez. Entre 1844 y 1927 muchos de los mejores humanistas chilenos se enfrascaron en una verdadera guerra a muerte que tuvo como escenario privilegiado la revista *Anales* de la Universidad de Chile. Dos de los últimos defensores de la ortografía chilena o casera fueron Rodolfo Lenz, el padre de la lingüística en nuestro país, y Miguel Luis Amunátegui Reyes, director de la Academia Chilena de la Lengua de 1931 a 1949. Pasados cuarenta años del decreto de Ibáñez, Themo Lobos volvió sobre el punto. Aunque no tengo mayores antecedentes, sospecho que, como Sarmiento, Temístocles Lobos pensaba que la ortografía transparente era también un símbolo del triunfo de la civilización sobre la barbarie.

³ Así como los fonemas se representan entre barras inclinadas, los grafemas o letras van entre corchetes angulares: < >. Las palabras a las que se hace mención, en cursivas.

⁴ La obra definitiva sobre el tema es de Lidia Contreras: *Historia de las ideas ortográficas en Chile*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1993.